





El Ballet Nacional de Cuba

en la República Dominicana

Por primera vez en su historia, el Ballet Nacional de Cuba visitó la República Dominicana. Los días 25, 26, 28 y 29 de febrero se realizaron presentaciones en el Teatro Nacional de Santo Domingo, y el día 2 una función especial para un público masivo en el Palacio de los Deportes de esa ciudad. Durante su estancia en el hermano país, unido a Cuba por profundos lazos históricos y culturales, los artistas cubanos recibieron las más calurosas muestras de simpatías y admiración del pueblo dominicano. Todas las presentaciones se realizaron con las localidades agotadas, y a la entusiasta acogida del público se unieron diversos agasajos por parte de personalidades dominicanas. Entre ellos cabe destacar el ofrecido por el Comité Dominicano de Amigos de Cuba, el día 29 de febrero. El presidente de la referida organización, doctor Euclides Gutiérrez Félix, tuvo a su cargo las palabras de ofrecimiento. En una parte de su intervención, el doctor Gutiérrez Félix calificó el acto como una acción de "fraternidad latinoamericana a esa gloria continental que es Alicia Alonso, y en ella al Ballet Nacional de Cuba, en quien se reúnen, además de sus condiciones de prima ballerina no igualada en este siglo, la circunstancia de ser cubana, lo que significa para nosotros ser una hermana del pueblo dominicano, y de ser una representante, de la más alta categoría, de la Revolución Cubana en su expresión artística". Al agasajo asistieron diversas personalidades, entre ellas los exrectores de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Hugo

Tolentino Dipp, Rafael Kasse Acta y Andrés Aybar Niclas, el poeta Pedro Mir y el presidente de la Asociación Dominicana de Abogados, Antonio Fiallo.

Durante su estancia en Santo Domingo, Alicia Alonso recibió en forma simbólica el primer ejemplar de una edición dominicana del Informe Central rendido por el comandante Fidel Castro al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba. En el acto, celebrado en el hotel Comodoro, estuvieron presentes Narciso Conde, secretario general del Partido Comunista Dominicano (P.C.D.), Carlos Dose y Cabral, Mario Sánchez Córdova y Julián Peña, del Comité Central, así como Aquiles Valdéz e Ignacio Mejía de la juventud del P.C.D.

Antes de regresar a Cuba, Alicia Alonso fue recibida en audiencia especial por el Presidente de la República Dominicana, doctor Joaquín Balaguer. El jefe del Estado dominicano tuvo frases de elogio para la bailarina, y la invitó para que visite nuevamente el país, y se presente ante el público de la ciudad de Santiago de los Caballeros. En la entrevista estuvo también presente la vicecanciller dominicana, señora Licelotte Marte de Barrios.

La prensa de la República Dominicana reflejó profusamente la presencia de los artistas cubanos. Una muestra de la acogida de la crítica, se ofrece a continuación.

Eduardo Villanueva. EL NACIONAL DE AHORA,
26 de febrero de 1976

Escribir la crítica de un espectáculo de danza exitoso es una tarea sumamente grata, pero si dicho espectáculo procede de un país hermano de Latinoamérica, nuestro entusiasmo es aún mayor, pues nuestros años de desarrollo en este arte son pocos en comparación a otras naciones asiáticas, europeas y americanas. El debut en el Teatro Nacional del Ballet Nacional de Cuba es un evento de invaluable importancia para el futuro artístico de República Dominicana. Primeramente, nuestra tierra se engalana y enorgullece de poder aplaudir una vez más a esa leyenda viva, a ese mundo de arte que es la ballerina Alicia Alonso. Su nombre simboliza no sólo la máxima expresión del arte del ballet, sino también la realización de uno de los deberes primordiales del verdadero gran artista: difundir su arte por doquier, haciendo tangible y viva a millones de personas una de las manifestaciones artísticas más abstractas y sublimes. Manteniéndose activa a través de una brillante carrera de varias décadas, Alicia nos ofreció en esa noche inolvidable una interpretación sólida y sincera de la fiera y sensual Carmen, desluzbrándonos no sólo con su abrumadora técnica y su cuerpo perfecto, sino también con una intensa expresividad que se desborda hasta con un gesto de los hombros, una mirada furtiva o un dibujo de las manos. Pero la genial Alicia Alonso no es la única que brilla en ese firmamento del Ballet Nacional de Cuba. Esta compañía, fruto del esfuerzo conjunto de artistas concienzudos y valientes, es una institución profesional y seria, que ha alcanzado un increíble nivel de desarrollo artístico en sus relativamente escasos veintiocho años de actividad, de los cuales los últimos diecisiete han sido los más decisivos para la excelencia lograda. No son pura casualidad esta calidad y este éxito; han sido logrados con trabajo, sacrificio, apoyo gubernamental tanto económico como moral, y la plena convicción de llevar al pueblo una de las formas artísticas más elevadas y completas. El programa del día 25 se inició con un ballet archiclásico: *Las sílfides*, obra que es una prueba de fuego tanto para los solistas como para el cuerpo de baile. Con tiempos musicales arriesgadamente lentos, la compañía hizo un alarde de clasicismo técnico, obteniendo una estupenda homogeneidad estilística de conjunto y una depurada labor de los solistas: Josefina Méndez, Jorge Esquivel, Rosario Suárez y Caridad Martínez. Siguió la danza para dos *El río y el bosque*, con música basada en temas folklóricos afrocaribinos. Una vez vista la obra, no nos sorprende que ganara premio en coreografía moderna en el VII Concurso Internacional de Ballet de Varna, Bulgaria. Es uno de los pas de deux más excitantes, originales, coloridos y difíciles que hemos visto, para cuya buena ejecución se necesitan dos bailarines extraordinarios, y Lázaro Carreño y María Elena Llorente entran por ley en esta categoría. Giros, saltos, cargadas, pasos cada vez más audaces y emocionantes, dentro de un marco de admirable buen gusto y profesionalismo. *Tarde en la siesta* es una nostálgica danza para cuatro bailarinas, dentro del estilo del *Grand pas de quatre* de Pagni, pero con una increíble ternura melancólica, así como una cohesiva relación entre los persona-

jes. Las bellas melodías de Lecuona dan realce a la obra, y Aurora Bosch, Marta García, Amparo Brito y Mirta García crearon toda una atmósfera de ilusiones, ejecutando la intrincada coreografía con un delicado estilo, cuya intención va más allá del ballet romántico tradicional. Carmen, con coreografía de Alberto Alonso, ya es un clásico que todos ansiábamos ver en vivo, y ¿quién mejor que Alicia Alonso en el rol titular? La efectiva escenografía (con matices-neo-Bayreuth) sirve de marco para el choque de pasiones y destinos, que nos hacen vibrar al compás de la música de Bizet, arreglada por Schedrin. Muy adecuado para el rol de Don José estuvo Orlando Salgado (especialmente en la danza de los Dragones de Alcalá con Hugo Guffanti), Jorge Esquivel se superó técnica e históricamente como el espectacular Escamillo y Hugo Guffanti y Cristina Álvarez añadieron sus respectivos y acertados toques de dramatismo balletístico. Sería empalagoso seguir escribiendo elogios y alabanzas para el Ballet Nacional de Cuba, pero todos serían bien merecidos.

Vesta, LISTIN DIARIO,

Santo Domingo, 27 de Febrero, 1976.

¡Formidable Alicia Alonso y el Ballet Nacional de Cuba! Aquello no se puede describir en tan corto espacio (...). Alicia demostró una vez más su alta escuela (...). En cuanto al cuadro de ballet, está coordinado de una manera increíble; todo es arte, disciplina, técnica depurada, belleza... no hay adjetivos.

Marianne de Tolentino. LISTIN DIARIO,

Santo Domingo, 27 de Febrero, 1976.

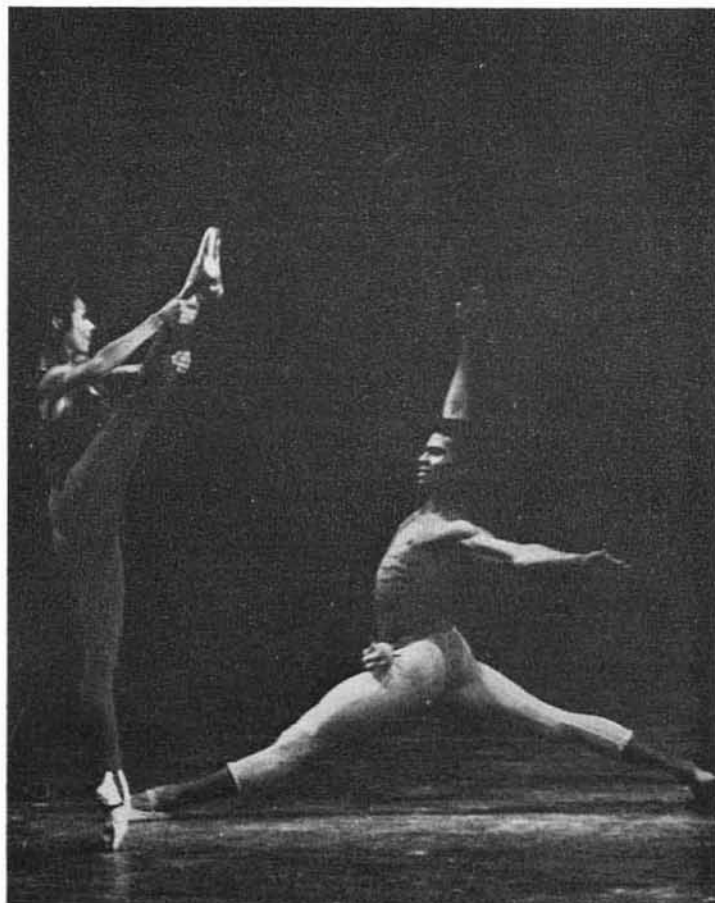
El Ballet Nacional Cubano o el equilibrio de la perfección

Una obra de arte, como el teatro o la danza, que envuelve aspectos y niveles de percepción, provoca en el contemplador-receptor una emoción, una respuesta inmediata, no conceptualizada, que mide el grado de comunicación de la expresión artística, y con frecuencia es el mejor indicio de la excelencia de la obra, de la riqueza y de la altura de sus recursos. Ese fenómeno estético, sensorial y afectivo se produjo ayer en el Teatro Nacional mientras la asistencia, fascinada, seguía los desarrollos escénicos del Ballet Nacional de Cuba. Aunque la compañía venía precedida de un renombre internacional, de una reputación de trabajo, de disciplina y de creatividad a la vez, sin hablar del aura que rodea a Alicia Alonso, del respeto y de la admiración que se le profesa en Santo Domingo, el grado de técnica, de belleza, de integración de la modernidad y del clasicismo, sorprendió y ejerció un verdadero encantamiento. La presentación del Ballet Nacional Cubano es importante desde varios puntos de vista artísticos, que queremos abordar a través del comentario de las diferentes piezas que figuraron en el programa. Y esta presentación nos sirve además de lección y de ejemplo, del mismo modo que en otro género nos impresionaron el Conjunto Nacional Folklórico de Cuba, su depuración, su fidelidad, su estilización... y sus métodos, expuestos durante un encuentro con folkloristas, dominicanos. Actualmente se discute mucho el problema de la asimilación o de

la disidencia entre las formas clásicas y las versiones modernas del ballet. Cada manifestación tiene sus adeptos que rechazan el eclecticismo y se mantienen fieles a la estricta tradición o quieren por el contrario una completa renovación. Y algunas compañías, lo comprobamos con el Ballet Real de Dinamarca, se distinguen en la expresión moderna, teatral y colectiva; otras, como el New London Ballet —para seguir citando grupos que bailaron aquí— conservan un clasicismo triunfante y el culto de los solistas. El Ballet Nacional de Cuba realiza la proeza de lograr la pureza absoluta de las piezas más clásicas del repertorio como en *Las sílfides*, con una plasticidad muy actual en los conjuntos; el rasgo descriptivo de pantomima, la interpretación teatral, el trabajo del espacio como elemento "escultórico" que caracterizan a sus ballets más modernos.

El río y el bosque, Tarde en la siesta, y Carmen —a su vez aprovechan los rigores de los pasos y de los movimientos clásicos. Hay otro logro determinante: el sincretismo que, a través del baile, funde la mitología afrocubana, la cultura popular, la encantación de la música, la exigencia académica, la dimensión estética, dramática y acrobática, en una resultante altamente moderna, experimental, profundamente cubana... y universal! *El río y el bosque* ilustra una vertiente investigativa, de fuente folklórica, que destaca un dominio individual completo de la expresión corporal y destruye la tan arraigada y equivocada creencia de la disociación de lo popular y lo culto, que tiene sus fervorosos adictos, estancadores de un progreso artístico de esencia auténticamente nacional. Este enfoque totalizante del ballet, especialmente en las tres coreografías modernas, requiere que el intérprete aúne los talentos del bailarín y del actor de teatro, que se integren varios lenguajes, que la tecnicidad esté puesta también al servicio del contenido dramático, de los matices psicológicos de los "personajes", de transmutación en mímicas y en gestos de una historia (*Carmen*), de una época (*Tarde en la siesta*), de un mito (*El río y el bosque*). La seguridad, la precisión, la elocuencia que demostraron todos los bailarines traducen su formación pluridisciplinaria en el campo artístico. Escuela que incrementa las posibilidades de comunicación ante todos los públicos. *Las sílfides* exalta una suerte de correspondencia particular aparte de su perfección coreográfica y de la excepcional armonía de los conjuntos, la interrelación asombrosa entre la escenografía, decorado, vestuario y la danza. A menudo el decorado de un ballet clásico se ve recargado, pesado, excesivo. Aquí, el bosque se vuelve tan fresco, ligero y aéreo como los trajes, las siluetas y las evoluciones de las bailarinas: la ambientación es admirable. Una intensa poesía, un onirismo radiante emana de esta sintonía de ritmos, de gracia, de serenidad de colores verdes y blancos con "toques-tocados" de azul. La delicadeza, el lirismo, la naturalidad, el encadenamiento de los movimientos, de una continuidad y de una plasticidad excepcionales, como lo interpretan el cuerpo de baile y los solistas, perpetúan en este caso una coreografía más que cincuentenaria. La coordinación tanto en las secuencias gestuales de cada bailarín como en la sucesión de las figuras y en la sincronización de los conjuntos se re-

pite en todos los ballets, trátase de dúos, de cuartetos o de grupos. Se siente una gran armonía colectiva y hecho curioso, ese factor transforma a cada participante en solista y a cada solista en miembro de un equipo que baila para con los demás. En cierto sentido el Ballet Cubano supera el objetivo egocéntrico de la virtuosidad: Alicia Alonso, aunque se tenga en cuenta la realidad de su estrellato y sus cualidades de excepción, en *Carmen*, expresa aquella comunión, aquella compenetración. Alicia Alonso deslumbró y conmovió a una asistencia que le tributó una ovación y un reconocimiento insólitos en Santo Domingo. Es difícil decir cuáles aspectos de una ejecución a la vez precisa, original y sobria crearon el mayor impacto estético y emocional: ¿el juego de una actriz donde la mímica, la movilidad y la inmovilidad creaban una dicción, una entonación y un lenguaje, una criatura a la vez sensual y altiva que convertía los dúos en vibrantes diálogos de amor, la experta que "suprime" las dificultades de la técnica y posee el arte supremo de convertir la más complicada de las figuras, esta bailarina, de tobillos y pies mágicos —discretamente subrayados por un listón brillante— en sus circunvoluciones y piruetas de una nobleza, de una agilidad y de una expresividad únicas? Alicia Alonso impuso una vez más su maestría, su inteligencia, su sensibilidad y su distinción. La primera función del Ballet Nacional Cubano convenció, deleitó, maravilló. Agradecemos nuevamente al Teatro Nacional la oportunidad de disfrutar el gran arte, clásico y moderno...



Bernarda Jorge, *EL CARIBE*, Santo Domingo, febrero 27 de 1976.

Un éxito desbordante selló la presentación de Alicia Alonso y el Ballet Nacional de Cuba, el miércoles en la noche, en el Teatro Nacional. El acercamiento de los dominicanos a uno de los espectáculos más extraordinarios de nuestra época, se cumplió en una atmósfera de marcada simpatía y admiración hacia los artistas cubanos. Destacar los méritos de la eximia bailarina y de su cuerpo de baile, ha sido tarea cumplida a plenitud por parte de los más exigentes públicos y críticos del mundo. Toca el turno a República Dominicana, de valorar artistas que a una admirable representación del ballet romántico, suman aportes originales y sustanciales a la renovación de la danza. *Las silfides*, con música de Chopin y coreografía de Fokin, permitió apreciar la elevada capacidad de ejecución del cuerpo de baile del BNC. Se trata de una magistral combinación de técnica, dulzura y esplendorosa elasticidad de movimientos. Expresividad en el desarrollo coreográfico, participación del gesto en todo el cuerpo, pautado por el propio Fokin para su ballet, fueron recreados por los bai-

Pág. anterior: Amparo Brito y Andrés Williams en Rítmicas, de Tenorio / Roldán. (Foto: Marzano, México D. F.).

Las silfides.





larines. en más de una ocasión. Los solistas, por su parte, hicieron gala de una precisión notable. Sinceridad en la caracterización, gracia y agilidad llenaron la sala del Teatro Nacional. En la producción se destacaron, entre otros, Jorge Esquivel y Josefina Méndez, jóvenes bailarines, de un potencial excepcional, que han recibido galardones en importantes festivales y concursos internacionales. *El río y el bosque*, y *Tarde en la siesta*, incorporaron elementos de la cultura e idiosincracia cubanas. Estas obras renuevan elementos permanentes de la tradición clásica, y jalonan una nueva síntesis en el arte coreográfico mediante la utilización de elementos folklóricos afro-antillanos.

María Elena Llorente y Lázaro Carreño en *El río y el bosque*, conjugaron en forma delirante la magia musical del ancestro negro a la fuerza telúrica del ambiente tropical. *Tarde en la siesta*, recrea costumbres de La Habana, las primeras décadas del siglo. Las cuatro bailarinas con derroche de expresividad tradujeron una parte del drama femenino de una época redimida ya en Cuba, pero vigente en República Dominicana. El clímax del programa lo constituyó, evidentemente, *Carmen*. La versión de Alberto Alonso, sobre la ópera de Bizet, "evade procedimientos costumbristas y concentra su atención en un objetivo: el revelar las contradicciones entre la personalidad rebelde de Carmen y las fuerzas de la época"...

Electrizante y avasalladora, Alicia Alonso, plasma nuevas formas y movimientos, en un clima de poderosa fuerza y modernidad. Bailarina suprema, ejerce una atracción indescriptible en la escena. Apasiona al auditorio. Su técnica es sincera, enérgica y vívida. Junto a ella, Orlando Salgado, Jorge Esquivel, Hugo Guffanti y Cristina Alvarez siempre precisos en los movimientos, auténticos en la individualidad de cada personaje.

Si en 1974, la visita del Conjunto Folklórico Cubano señaló un hito, destacando a la vez una poderosa corriente de inquietudes e iniciativas, en torno a la presentación y divulgación del patrimonio folklórico de nuestro pueblo, de manera similar, la vivencia de esta representación de la danza clásica y moderna está destinada, más tarde o más temprano, a trazar nuevas rutas a quienes las cultivan en República Dominicana.

Jaime A. Lockward, *EL CARIBE*, Santo Domingo, 1ro. de marzo de 1976.

La gran bailarina Alicia Alonso y el Ballet Nacional de Cuba han dejado bien sentado su prestigio en Santo Domingo por las sobresalientes calidades de su arte que ha establecido en el mundo de la danza una nueva escuela reconocida internacionalmente y un estilo henchido de sabiduría tradicional y de incomparable gracia tropical. El público dominicano, integrado a todos los niveles, ha disfrutado de una temporada de excep-

Pág. anterior: Josefina Méndez y Jorge Esquivel en Las sílfides, de Fokine / Chopin.

María Elena Llorente y Lázaro Carreño en El río y el bosque, del coreógrafo Alberto Méndez. (Fotos: Aguilar, México D. F.).



cional maestría interpretativa que tradujo un mensaje artístico de elevada pureza en el escenario del Teatro Nacional, abierto a la auspiciosa corriente de intercambios culturales que se abre paso sin perjuicios absurdos entre todas las naciones del mundo. La escuela o estilo cubano de ballet es una realidad que ha sido ponderada por críticos de relieve en todo el mundo, como un logro de singular esfuerzo de Alicia Alonso y sus colaboradores y el respaldo del gobierno de Cuba. Este apoyo no puede ser desestimado por provenir de un régimen comunista, ya que su resultado ha sido muy espléndido y positivo dentro del ámbito artístico y como una aportación original a la evolución de la danza clásica y moderna, hechos culturales en sí mismos que, en esencia, están por encima de banderías y parcelas políticas. En realidad, lo que ha logrado hasta ahora la organización del ballet en Cuba es un producto increíblemente bien destilado de la capacidad interpretativa de un pueblo que se ha caracterizado siempre por su vocación para la danza. El gran esfuerzo de Alicia Alonso dentro de la red de academias de ballet bajo su expertísima dirección no ha sido otro que el de canalizar y depurar diestramente esa capacidad y elevarla a un grado máximo de ejemplaridad artística. Ella misma como primerísima bailarina, encarna el mayor y más meritorio ejemplo de consagración a un arte sin par, que hoy día rivaliza con ventajas frente a otras escuelas y estilos coreográficos de las principales capitales de la danza en el mundo. Cuantas personas acudieron a las funciones ofrecidas por el Ballet Nacional de Cuba y admiraron la conmovedora presencia personal de Alicia Alonso y su extraordinario cuerpo de danzarinas femeninas y masculinos, recogieron vivencialmente impresiones imposibles de borrar en el recuerdo, experiencias que muy pocas veces se alcanzan con el desbordante y colorido potencial de su fascinante realidad.

Bernarda Jorge. EL CARIBE, Santo Domingo, (1 ro.) de marzo de 1976.

Con el programa presentado el sábado en la noche en el Teatro Nacional, el Ballet Nacional de Cuba confirmó de nuevo las características que en corto tiempo han situado la cubana, entre las grandes escuelas de danza contemporáneas. Un variado repertorio permitió ahondar en sus líneas y tendencias propias ya expuestas con éxito, en una panorámica de conjunto, la noche del debut. Debe decirse, que una primera impresión, aunque permita captar lo esencial, no basta para apreciar y juzgar cabalmente, este como cualquier otro hecho artístico. Sin lugar a dudas, es necesario que la experiencia se reitera para obtener una mejor síntesis de todo lo que nos ofrecen muestras que como la del BNC, desbordan marcos habituales de referencia. Tal es la variedad de detalles con que enriquecen formas tradicionales, tales sus innovaciones coreográficas y su intención, audazmente plasmada, de dotar de nueva vida y encontrar con el presente, estilos propios de estéticas pasadas. Si por un lado convencen la novedad de las figuras y formas, las posibilidades descubiertas, por otro, impacta ver reflejadas las motivaciones y luchas del hombre de hoy, en un perpetuo fluir de efectos y movimientos, en un lenguaje que no evade lo contestatorio y real. El *Diverti-*

Mirta García, Ofelia González, Rosario Suárez y la primera bailarina Aurora Bosch en Tarde en la siesta, de Méndez / Lecuona / Fernández.

Pág. siguiente: arriba; Marta García y Orlando Salgado en Divertimento de Land / Glazunov. Abajo: el primer bailarín Jorge Esquivel con Lázaro Carreño, Orlando Salgado y Andrés Williams durante un ensayo de Canto vital, de Plietski / Mähler. (Foto: Tito Alvarez).

Aurora Bosch, Ofelia González y Mirta García en Tarde en la siesta.

mento con que dio inicio el programa del sábado (que se repitió anoche) permitió apreciar una vez más la perfección de líneas y la gracia de los solistas de la compañía cubana. Como número extra-programa, se presentó *Rítmicas*, ballet inspirado en la música homónima del compositor cubano Amadeo Roldán. Toda la obra de este músico mulato se presenta matizada por el folclore afro-cubano. *Rítmicas* nos. 5 y 6, para instrumentos de percusión autóctonos, es una muestra pues, del uso de los recursos rítmicos y tímbricos que provee la música tropical. Su primitivismo dinámico, su fuerza expresiva, fueron revelados con plena destreza, magia y poderosa energía, por dos solistas del elenco.

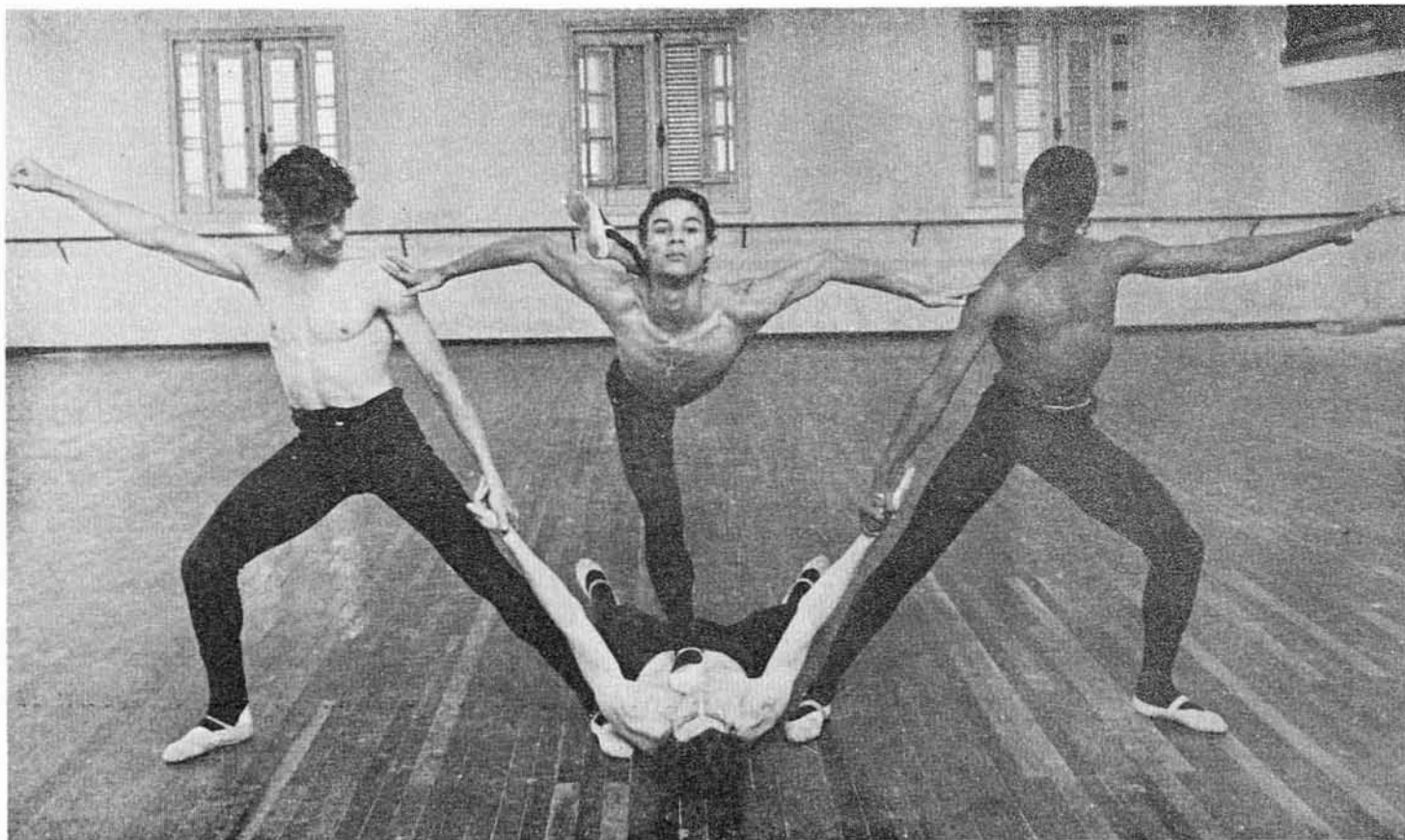
Si esta obra transfiere la utilización enriquecedora y multifacética que hace la escuela cubana de elementos estilísticos afro-antillanos, *Canto Vital* —exploración de posibilidades expresivas de la danza masculina— representa otro de sus más sólidos aportes a la evolución histórica de la danza. De todos es conocida la atmósfera de rechazo y controversia que ha acompañado de por vida, la carrera del bailarín. Para la generalidad, resultan afectados y artificiales. Sin embargo, los cubanos parecen haber tomado entre sus causas, la de restituir su imagen, y demostrar que su arte y su papel, en la escena y en la vida, puede ser además de bello, natural. De ese modo, *Canto vital*, se inscribe como ejemplo trascendente de esa idea, a la vez que pervive por su temática, evocadora de las luchas del hombre en el instante de su soledad planetaria, y su triun-



fo sobre las fuerzas aniquiladoras. Alicia Alonso reapareció de nuevo en la escena del Teatro Nacional, en el Adagio del segundo acto de *El lago de los cisnes*. Cada gesto, cada movimiento de esta extraordinaria mujer, plasma su entrega total y permanente al carácter y sentido de esa pieza. Alada e intensamente conmovedora, Alicia Alonso, prolonga el candor y la belleza de la heroína Chaikovskiana, hasta cuando se inclina fervorosamente ante el público. Con *La fille mal gardée* (La niña mal guardada), última obra del programa, un hálito de frescura e intrascendencia invadió la sala del teatro. Un precioso decorado sirvió de marco a este ballet, jovial y dinámico, considerado el más antiguo de los que aún perduran en el repertorio de las grandes compañías. La coreografía de Alicia Alonso destacó la gracia y agilidad de los bailarines del conjunto así como de los solistas, quienes dieron testimonio, además, de innegables dotes histriónicas.

Marianne de Tolentino. LISTIN DIARIO. Santo Domingo, 1ro. de marzo de 1976.

Aparte del brío técnico y estético del Ballet Nacional Cubano, de sus solistas, de su cuerpo de baile, aparte de su alto grado de comunicación entre el auditorio y los artistas, una calidad global del espectáculo impresionó al público: el carácter muy completo de la programación presentada en el Teatro Nacional, desde el clasicismo más puro hasta creaciones muy modernas, de la más exigente muestra del ballet "culto" a piezas surgidas del patrimonio cultural popular, de la perfección lineal de los arabescos colectivos a la acrobacia







y a la pasión de la interpretación individual, a través de ballets escogidos para desplegar todos los recursos de la compañía. Este rasgo, ya patente en las dos primeras funciones, se impuso todavía más en el segundo programa, que sí destacó la virtuosidad de las primeras figuras, que metamorfoseó el grupo en pléyade de estrellas, que lució de un modo singular el refinamiento del estilo y los dotes del histrionismo en una comedia-pantomima de escenografía inolvidable. Y Alicia Alonso se convirtió en el símbolo de la femineidad, de la ternura, de la brillantez académica... del magnetismo que puede ejercer la danza llevada hasta ese punto de entrega, de técnica y de emoción. *Divertimento*, —una coreografía de Michael Lland, música de Glazunov— fue la alegre introducción de la noche. Ballet fresco, juvenil, su agilidad y su vivacidad constituyeron una demostración esmerada de danza clásica que exaltó condiciones de soltura, de gracia y de fuerza a la vez, en la pareja de solistas —María Elena Llorente y Lázaro Carreño— y en los también solistas del grupo de ocho bailarines. Se advierte allí la equivalencia de los hombres y de las mujeres dentro de sus posibilidades físicas respectivas —ambos sexos subrayando una interpretación poderosa flexible y matizada—, aspecto que destaca Alicia Alonso como uno de los mensajes de su escuela y de su compañía. La delicia visual del vestuario, de los diseños de Salvador Fernández se inició con este primer ballet; armonía



Arriba: una escena de La Fille Mal Gardée, con Clara Carranco, Uránis Urbino y Hugo Guffanti. (Foto: Vidal Hernández).

Jorge Esquivel en el papel de Colin, de La Fille Mal Gardée.

Pág. anterior: una escena de La Fille Mal Gardée. Al centro, los primeros bailarines Josefina Méndez y Jorge Esquivel. (Fotos: Marzano, México D. F.).

de los colores y de las proporciones, sencillez y "vistosidad" simultáneamente. . . *Rítmicas*, —no previsto en la programación inicial— incluyó como un testimonio de agradecimiento que nos brindaron a raíz del extraordinario éxito de *El río y el bosque*. Amparo Brito y Andrés Williams bailaron esa pieza muy reciente, del 1973, premiada por su interpretación y por su coreografía en los Concursos internacionales de Moscú y de Tokio. La sustancia sonora más que de origen de naturaleza afrocubana, música integral de percusión, de ritmos embrujadores, se funde con la coreografía muy plástica, estricta y vibrante.

Fue tal vez el ballet más escultórico de la parte del repertorio que conocimos: desarrollo de dos cuerpos en un solo o dos volúmenes, dinámica de líneas y de tensiones en el espacio escénico. No faltaron la punta humorística y las insinuaciones de la seducción, expresados siempre con la mayor distinción y un academicismo tan dominado que permite las libertades creadoras, requeridas por la síntesis de folklore y de modernidad. *Canto Vital*, con música de Gustavo Mahler y coreografía de Azari Plisetski, utilizó netamente los recursos de la danza acrobática casi "atlética", en un ballet constructivista y monumental en el orden plástico, donde se notaban el vigor, la agilidad y la fogosidad de la escuela soviética. Los saltos impresionantes y los movimientos intensos —Andrés Williams y Jorge Esquivel destacaron pericia y audacia. Los cuatro solistas masculinos alternaban las proezas individuales y la edificación de conjuntos, de pirámides —estatuaria y arquitectura a la vez— *Canto vital*, muy puro, muy hermoso, muy dramático al hombre, a la esperanza y al porvenir. En un concierto o en una sinfonía, el movimiento lento, el "andante" revela realmente, exigiendo la perfección de cada nota y frase musical, el nivel de una formación o de un concertista; si no el pasaje se convierte en espera de los próximos movimientos.

La perfección de la frase gestual y Alicia Alonso hizo del adagio del segundo acto de *El lago de los cisnes*, una verdadera apoteosis, saludada por un aplauso de más de siete minutos —fenómeno casi increíble en el público dominicano—. Ese muy famoso paso de dos, que sella el amor de Odette y de Sigfrido, considerado como una prueba por y para los mayores talentos, se recitó como un poema de las manos, de los brazos, de los hombros, de los juegos de piernas y de pies, dicho con infinito sentimiento por Alicia Alonso y Jorge Esquivel, un "partenaire" que con discreción y maestría la acompañó magníficamente, combinando giros y saltos de una rapidez y de una potencia notorias. Tampoco debemos dejar de mencionar las reverencias de Alicia Alonso, figuras de danza en sí, llenas de un afecto y de una gracia tales que el espectador se lo agradece y quisiera prolongar el instante de la "despedida". . .

El Ballet Nacional Cubano dio otra evidencia de su universalidad, presentando *La fille mal gardée*, deliciosa comedia-ballet-pantomima, que se creó pocos años antes de la Revolución Francesa y que ilustra tan agudamente este período de la danza y del teatro, surgido de la pastoral, convertido en opera-cómica (la primera etapa del género), lleno de Lisettes, Arlequi-

nes y Colines, de enamoradas maliciosas —cuyo corazón rehusaba prejuicios y fortuna— y de galanes —no tan finos como sus novias—. La coreografía de Alicia Alonso, que trata con el mismo cuidado las evoluciones de los conjuntos que las mímicas y las actitudes de los solistas, conservó con fidelidad el espíritu original imperecedor ya que pasó por la prueba del tiempo —casi 200 años—, uno de los elementos principales de juicio para el valor de una obra según la opinión de la primera figura del Ballet Cubano. Una escenografía deslumbrante, un vestuario esplendoroso, con estructuras y accesorios de la mayor armonía y del mejor gusto, rodearon esta fiesta de humor, de simpatía, de amor y de hermosura, de ritmo, de encantos múltiples al fin. Josefina Méndez nos divirtió, nos deleitó, nos fascinó con su expresividad tan variada, con los deliciosos gestos y muecas de su travesura: una perfecta "ingenua" de la comedia clásica. Edmundo Ronquillo, Alain, el tontico cazador de mariposas, fue un mimo elocuente y enternecedor. "Mamá Simone", magistralmente interpretada por Hugo Guffanti, desmintió el habitual carácter ambiguo del transvertido, incontestablemente viril, verdadero personaje de un cuento de hadas. . . Orlando Salgado, como Colin hizo gala de su estilo seguro, atractivo, riguroso y del dominio de las tablas. Si se tratara de una obra teatral, pura y simple, habría que alabar también el dinamismo del montaje, de la sucesión ágil de sus secuencias. En suma, una demostración de los infinitos () recursos del ballet que así alcanza a los más entendidos y . . . a los niños —delante de mis dos chiquillas se reían a carcajadas y eran de los espectadores más entusiasmados—. Si a las grandes bailarinas, de cualidades completas y excepcionales, se les otorga la distinción de "ballerina absoluta", el Ballet Nacional Cubano, como compañía de recursos y de repertorio homogéneos, amplios y admirables, estaría en vía de merecer el título de Ballet absoluto.

Eduardo Villanueva. *EL NACIONAL*, Santo Domingo, 2 de marzo 1976.

Después de ver las dos primeras funciones del Ballet Nacional de Cuba en el Teatro Nacional, es prácticamente imposible controlar nuestro entusiasmo no sólo por sus logros artísticos, sino porque sus integrantes son personas como nosotros, son nuestros hermanos caribeños, de los que en realidad sólo nos separa un accidente geográfico. Con cada obra de danza presentada por el Ballet Nacional de Cuba queda demostrado que no importa cuán difícil sea la empresa, si hay trabajo intenso y unido, todo se puede lograr. Y cuando esta empresa es una obra artística tan grandes y noble, no podemos sino expresar nuestra admiración y nuestro deseo profundo de emularla. El programa a que asistimos el sábado 28 abrió con un hermoso *Divertimento* extraído del ballet *Raymonda* de Glazunov, para una pareja solista y cuatro acompañantes. Si bien estas cuatro parejas no estuvieron todo lo acopladas que se hubiera deseado, especialmente por parte de los caballeros, María Elena Llorente y Lázaro Carreño nuevamente nos ofrecieron una brillante ejecución, poniendo de manifiesto dos de las principales virtudes balletísticas de los miembros del Ballet Nacional de



Cuba: sus estupendos giros o "pirouettes" y su asombroso balance, este último más evidente en las damas, quienes una vez adoptado un "arabesque" o "attitude" en punta, parecen mantenerse por tiempo indefinido en la pose. En los "pirouettes", Lázaro Carreño nos dio un momento especial cuando empezó a girar lentamente con una pierna en "attitude" atrás, adquiriendo cada vez mayor velocidad a medida que pasaba la pierna a la posición típica del "pirouette", logrando un número inapreciable de giros. La obra graciosamente incluida a última hora: *Rítmicas* con música de Amadeo Roldán, es un impresionante juego coreográfico para una pareja sencillamente ataviada en "ropa de trabajo" (ella en mallas rosadas y "leotard" negro, él en mallas negras y el torso descubierto) con la barra de ejercicios como un efectivo aditamento coreográfico. Amparo Brito y Andrés Williams nos ofrecieron una enérgica interpretación de la complicada coreografía y ambos tuvieron momentos de brillantez, Brito con espeluznantes balances y Williams con buenos saltos y admirables soportes de su compañera.

Con increíble rapidez, Williams se despojó de su malla para ponerse una breve trusa y unirse a Jorge Esquivel, Orlando Salgado y Fernando Pi en *Canto vital*, una verdadera epopeya bailada con excelente coreografía de Azari Plisetski sobre el último movimiento de la quinta sinfonía de Gustavo Mahler. En los rápidos minutos de esta pieza, se nos presentan cuatro titanes en lucha: son las Antillas Mayores que surgen de lo ígneo, son los pueblos que se liberan, son los hombres que mueren para dar vida a otros hombres, son el sol, la luna, la tierra y las aguas, son aves que surcan los grandes espacios, son seres que desde lo más profundo de las entrañas del planeta ayudándose unos a otros, alcanzan la cima de lo eterno.

El mejor elogio para la coreografía y los intérpretes es el haber podido transmitirnos tanto en tan poco tiempo. Estupendos estuvieron Salgado y Pi; Williams y Esquivel sencillamente imponentes. Luego de tan violentas emociones, el adagio del segundo acto de *El lago de los cisnes* de Chaikovski fue algo indescriptible por su perfecta delicadeza técnica e interpretativa. Sólo Alicia Alonso es capaz de ofrecernos una noche a una Carmen toda fuego y pasión, para después como quien dice horas más tarde, regalarnos su incomparable creación de Odette el Cisne Blanco, con la sublimidad del aliento de una virgen sobre un espejo de plata. Esto trascendió los límites de la danza para convertirse en un gran momento de la historia del arte. Es imposible explicar con justicia lo que Alicia Alonso logró con ese instrumento magnífico que es su cuerpo; el adagio es el momento donde salen a relucir las imperfecciones de una bailarina, pero Alicia Alonso nos mostró, transfigurada, la perfección de líneas, poses y giros que sólo está concedida a esos pocos seres privilegiados con el don de la grandeza. Y como en verdad "honrar honra", la veneración protectora con que Jorge Esquivel sostuvo a su valiosa compañera no hizo más que resaltar sus admirables cualidades de "partenaire". La inolvidable noche concluyó con un nota refrescante: *La fille mal gardée* (La hija mal cuidada) de Peter Ludwig Hertel, con

burbujeante coreografía de Alicia Alonso adaptada de la original de Jean Dauverbal (1789). Es la picaresca historia de la ambiciosa madre que aspira a un matrimonio de conveniencia para su hija, sin tener en cuenta que la joven está enamorada de un simpático (y pobre, por supuesto) aldeano de la comarca. Está demás relatar el final feliz, pero la forma en que esta farsa está presentada es deliciosa. La aspavientosa madre es un hombre (el polifacético Hugo Guffanti) que roba la escena y las risas del público, al igual que el tierno simplón y forzado pretendiente adinerado de la protagonista, muy bien interpretado por Edmundo Ronquillo. Como el galán Colín, Orlando Salgado estuvo particularmente acertado, con un buen despliegue técnico y fino sentido de la comedia. En el rol titular, Josefina Méndez fue una verdadera sensación: chispeante y vivaracha, brindándonos proezas técnicas con una sonrisa maliciosa o un guiñar de ojos. Sus solos fueron espectaculares, con los famosos e interminables balances "pirouettes" de todo tipo, "fouettés", batidos, saltos y todos los ingredientes para una excelente interpretación; y su pantomima es simplemente irresistible.

Una nueva felicitación para el acoplado cuerpo de baile, otro de los tesoros del Ballet Nacional de Cuba.

Francisco Comarazamy, LISTIN DIARIO,
Santo Domingo, 3 de marzo, 1976

... Alicia Alonso en la gracia de sus interpretaciones. La destreza, la técnica y la genialidad (¿por qué no expresarlo sin reserva, a boca llena, si es la pura verdad?), me quitaron el miedo de escribir precisamente en torno a su figura en la interpretación de *El lago de los cisnes*. Viéndola como la vi físicamente y en la inauguración, en el Teatro Nacional, cualquiera diría que la pieza fue escrita para ella por Chaikovski. Pero aparte de la fineza y el desenvolvimiento histriónico con que se comunica con el auditorio, en el monólogo de su estilizada anatomía, Alicia Alonso destaca, en una expresividad única, una única sensibilidad femenina, realmente subyugadora, apasionante y romántica. La teatralidad, el aparato circense y lo probó anoche en el Palacio de los Deportes no halla albergue en esa exquisita figura cubana del arte universal. Sus movimientos en la escena no catapultan, no sorprenden, no aturden como el sonido de los instrumentos de cobre en la orquestación. Atraen, avasallan, predisponen al ensueño, como el canto del ruiseñor en los aleros de los castillos de los cuentos de hadas.

Pág. anterior: Alicia Alonso en Carmen.

Pág. siguiente: Alonso con Jorge Esquivel interpretando el papel de Escamillo, Carmen, de Alberto Alonso, / Bizet / Schedrin.





El Ballet Nacional de Cuba a su llegada a Santo Domingo.

Conferencia de prensa ofrecida por el Ballet Nacional de Cuba en el Teatro Nacional de Santo Domingo.



Durante la conferencia de prensa, Andrés Williams, Amparo Brito, Cristina Alvarez y Rosario Suárez.

Alicia Alonso con el poeta dominicano Pedro Mir.

